

Históricas Digital

Antonio Rubial García
Jessica Ramírez Méndez

“De isla de chinampas a capital ‘imperial’”

p. 14-19

Ciudad anfibia

México Tenochtitlan en el siglo XVI

México

Universidad Nacional Autónoma de México
Instituto de Investigaciones Históricas

2023

104 p.

Mapas

(Históricas Comunicación Pública 2, Historia en Breve)

ISBN 978-607-30-7256-4

Formato: PDF

Publicado en línea: 2 de diciembre de 2024

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/809/ciudad-anfibia.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2024, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

DE ISLA DE CHINAMPAS A CAPITAL “IMPERIAL”

Antes que comience a relatar las cosas de esta gran ciudad y las otras que en este capítulo dije, me parece para que mejor se puedan entender, que débese decir de la manera de México, que es donde está esta ciudad y algunas de las otras que he hecho relación están fundadas, y donde está el principal señorío de este Mutezuma. La cual dicha provincia es redonda y está toda cercada de muy altas y ásperas sierras y lo llano de ella tendrá en torno hasta setenta leguas, y en el dicho llano hay dos lagunas que casi lo ocupan todo, [...]. Y la una de estas dos lagunas es de agua dulce, y la otra, que es mayor, es de agua salada. ¶Hernando Cortés, *Segunda carta de relación*, 30 de octubre de 1520.

El paisaje lacustre fue, junto con los volcanes y las montañas, el horizonte visual que llenó los días de los habitantes de la cuenca del Anáhuac desde su primer poblamiento, hace tres mil años, hasta el siglo XIX. Tan prolongada ocupación de este espacio excepcional se dio gracias a sus abundantes recursos alimenticios: patos, garzas, pescado blanco, charales, insectos, larvas, huevos de mosquito, ajolotes y algas. Del lago también salían diversos tipos de cañas y tules útiles para la fabricación de cestas y esteras, así como el tequesquite y otras sales que tenían múltiples usos. Asimismo, el medio acuoso era el más eficiente para conectar los distintos asentamientos de la cuenca, trasladarse y transportar las mercancías en piraguas y barcasas.

La enorme cuenca natural, sin salidas para su desagüe, se extendía 120 kilómetros en dirección norte-sur y alrededor de 65 kilómetros de este a oeste. Numerosos arroyos y corrientes vertían sus aguas dentro de esta depresión rodeada de montañas y conos volcánicos. La gran planicie acuática no era uniforme; se conformaba por cinco lagos con lechos de distintos

niveles y de diversa salinidad, con un colorido que variaba de una zona a otra. Los azules grisáceos del agua salobre de los lagos de Zumpango y Xaltocan, al norte, cambiaban conforme se avanzaba hacia la gran cuenca central situada entre Tenochtitlan y Texcoco. En los del sur, a cuyas orillas se encontraban Xochimilco y Chalco, las verdes algas y los tules daban a sus aguas dulces matices turquesa y alimentaban cantidades de peces, reptiles, anfibios, garzas y patos. Así, la calidad y el tipo de agua determinó tanto la flora y la fauna de los distintos espacios de la cuenca como aquellas actividades que sus habitantes realizaban en ella.

Sus orillas participaban también de esos contrastes. Mientras el montañoso margen occidental, poblado de bosques, se encrespaba en una cadena de barrancas —labradas por las corrientes de agua—, sus regiones orientales, bajo las faldas de los dos volcanes nevados, se extendían en suaves laderas y planicies de gran fertilidad. Los recursos del lago y de sus alrededores desde remotos tiempos atrajeron hacia sus márgenes a numerosa población. Civilizaciones que tuvieron como centros a Cuicuilco, Teotihuacan, Texcoco y Xochimilco se beneficiaron de esta inagotable fuente de alimentos y convivieron en relativa armonía con su excepcional ecosistema. Muy cerca de la orilla, en tierras del señorío tepaneca de Azcapotzalco, en cierto lugar que albergaba una serie de islotes se asentaron, en 1325, dos poblaciones: Tenochtitlan y Tlatelolco.

Desde hacía siglos, en los lagos sureños situados a nivel más alto, con abundantes fuentes de agua dulce, se desarrolló un impresionante sistema de chinampas que permitía cultivar todo el año y alimentar a la numerosa población. Esa zona fue muy codiciada desde que los tepanecas de Azcapotzalco impusieron su dominio sobre la cuenca en el siglo XIV, hasta principios del XV cuando la Triple Alianza los desplazó. Dicho consorcio, creado por Izcóatl de Tenochtitlan, Totoquihuatzin de Tlacopan y Nezahualcóyotl de Texcoco, a la larga terminó bajo el control de los tenochcas. Las ciudades ribereñas de los lagos del sur —Chalco, Ayotzingo, Xochimilco, Culhuacán— fueron sometidas por ellos para abastecerse de recursos y constituyeron los primeros objetivos del expansionismo mexica, que

llegó a dominar una extensa región de Mesoamérica. Por su situación isleña, Tenochtitlan también necesitó tomar el control de las vías de acceso a su centro ceremonial, lo cual la llevó a someter a los señores vecinos de Iztapalapa al sur (*ca.* 1430) y de Tlatelolco al norte (1473).

Conforme aumentaba sus conquistas, Tenochtitlan se extendía y con el crecimiento de la población se hacía necesario abastecer de agua potable a la ciudad y ampliar las áreas cultivables con chinampas, para lo cual se volvió prioridad la desalinización de su entorno lacustre. Así, a la par que se fortalecía la Triple Alianza y la sujeción de las poblaciones ribereñas, también se manipulaba el medio natural. La mayor muestra de lo anterior fue la creación de la laguna de México por la que, gracias a varios diques, lograron contener el flujo de las aguas salobres del lago de Texcoco hacia las zonas alimentadas por las aguas dulces provenientes del sur.

Los gobernantes, o *huey tlatoque*, Moctezuma –variación de Motecuhzoma– Ilhuicamina (1440-1469) y Ahuítzotl (1486-1502) contribuyeron de forma decisiva en estos proyectos y en la mejor distribución urbana del corazón mexica. Durante sus gobiernos se consolidaron los palacios de la plaza, se organizaron los mercados, se reforzó el acueducto que traía el agua dulce desde Chapultepec hasta el centro de la isla por la calzada de Tacuba y se construyó otro para conducir el preciado líquido por la calzada de Iztapalapa, desde unas fuentes cercanas a Huitzilopochco (Churubusco), aunque el funcionamiento de este último fue efímero.

En ese periodo también se construyeron y ampliaron las calzadas que conectaban la isla de México con tierra firme: Tepeyacac, Tenayuca, Nonoalco, Tlacopan, Chapultepec e Iztapalapa. Éstas, además de ser vías de comunicación, servían como límites de los “derechos de agua” de las localidades que unían y funcionaban como diques, es decir, como elementos modificadores del medio lacustre. Asimismo, la del Tepeyac al norte y la de Iztapalapa al sur eran útiles para contener las aguas salobres de la parte oriental.

Tan complejo sistema hidráulico –creado a partir de diques, calzadas y puentes que articulaban los ríos, lagos, lagu-

nas, pantanos y canales del entorno— sólo se logró con la mano de obra que aportaron los pueblos de la ribera sometidos por los mexicas. Existía, pues, una interrelación entre la organización social y política y el funcionamiento del sistema hidráulico. Conforme más crecía Tenochtitlan, era necesario tener más poblaciones sujetas para su mantenimiento.

El periodo del año más conflictivo era el verano, pues las abundantes lluvias hacían necesario contener el flujo que venía de los lagos del sur y del oriente. Para reforzar la protección contra las inundaciones y ampliar la zona cultivable se construyeron dos impresionantes obras. Por el sur, una calzada de tres kilómetros que corría entre Huitzilopochco y Mexicaltzingo y que controlaba el flujo de agua dulce de la laguna más elevada de Xochimilco-Chalco. Por el oriente, en torno a 1449, un prolongado albarradón o dique de 15 kilómetros de largo y 18 metros de ancho que, con la ayuda técnica de Nezahualcóyotl, *tlatoani* de Texcoco, permitió proteger del agua salobre a los islotes donde se asentaban Tenochtitlan y Tlatelolco. Esto permitió ampliar el área de chinampas sobre la reserva de agua de regadío y crear el sistema de canales y esclusas removibles para regular los niveles del lago durante la conflictiva época de lluvias. A tales obras y como elemento adicional de contención, se sumó el dique de Ahuítzotl, al oriente del islote, después de la gran inundación ocurrida en 1499.

De hecho, los rituales y las divinidades mexicas estuvieron fuertemente vinculados con la conducción y el mantenimiento del agua para la agricultura y con las luchas expansionistas asociadas al sacrificio con derramamiento de sangre como alimento solar. En el Templo Mayor de Tenochtitlan, dedicado a Tláloc y a Huitzilopochtli —dioses de la lluvia y de la guerra, respectivamente—, quedaba representado de forma simbólica dicho sistema, el cual además se cronometraba a partir del movimiento del sol: su salida entre marzo y septiembre, por detrás del templo de Tláloc, marcaba la dedicación a la agricultura; cuando el astro se movía hacia el de Huitzilopochtli, en otoño e invierno, sus meses se dedicaban a la caza y al combate.

Desde el Templo Mayor, la ciudad se construyó a partir de un esquema cósmico marcado por los ejes de sus calzadas que

partían de él rumbo a los cuatro puntos cardinales: uno cruzaba de poniente a oriente, desde Tlacopan hasta la orilla del lago donde estaba el embarcadero que miraba hacia Texcoco. Otro corría de norte a sur; nacía en el Tepeyac y terminaba en Iztapalapa. Aunque había otros ramales hacia Tlatelolco y Nonoalco, Chapultepec y Coyoacán, las calzadas principales representaban los ejes que separaban los cuatro rumbos de la ciudad integrados en su cosmovisión.

En cuanto a la organización, podemos presentarla de manera un tanto esquemática a partir de tres niveles de gobierno. De mayor a menor estaba el *altepetl* de México Tenochtitlan, con su aparato central (*tlatocayotl*); los *calpoltin* —*calpulli* en singular— que eran agrupamientos sociales multivecinales con elementos identitarios comunes, asentados en torno a un templo; y los barrios (*tlaxilacalli*), demarcaciones menores que los constituían. Cada nivel tenía su dinámica de gobierno con un jefe y un consejo auxiliar, basada en vínculos familiares y una organización hasta cierto punto autónoma, con sus bienes patrimoniales y apoyada por la fuerza de trabajo de pueblos ajenos a Tenochtitlan que ayudaban a su mantenimiento. Esta estructura se hacía presente en palacios y templos, así como en una red que implicaba trabajo comunitario y tributación.

Así, estos niveles formaban un tejido compuesto de sujeciones y dependencias, nexos tributarios, subordinación política y administrativa, en especial hacia la unidad mayor (*tlatocayotl*), la que se fortaleció a partir de mediados del siglo xv. Igualmente, este vínculo permitía, a las entidades menores formas diversas de participación, representación, reconocimiento y hasta el ascenso en ese órgano mayor que tenía como cabeza al *huey-tlatoani*.

La apropiación física y simbólica del espacio resultaba evidente, ya desde la visión macroscópica —desde la que se observan los lazos del islote con las poblaciones de la cuenca—, o desde la perspectiva microscópica —contemplada desde los sitios residenciales aglutinados en torno al centro comunal que constituía a cada barrio—. Dicha apropiación por parte del poder central se manifestaba en las procesiones rituales, cuando se entronizaba a un monarca: Chapultepec fungía como el

punto de partida y la calzada de Tlacopan como el espacio de su entrada triunfal a la ciudad. Danzas que duraban cuatro días eran parte también de esos rituales, junto con el batir de los tambores de guerra y los ricos obsequios como jades, plumas, abanicos y vestidos que el gran señor repartía entre los nobles. El acto se conmemoraba con esculturas pétreas colocadas en Chapultepec para recordar el acontecimiento. Junto a los rituales de entronización, la ciudad celebraba las fiestas anuales de las divinidades con danzas y sacrificios. Cada 52 años, en la ceremonia del fuego nuevo que tenía lugar en el Cerro de la Estrella, todo se renovaba para conmemorar que la anunciada destrucción del quinto sol se había aplazado un ciclo más.

Doce años transcurrieron desde la última de estas ceremonias, que se realizó en 1507, cuando se inició la catástrofe que transformaría radicalmente la historia de la capital tenochca. Según Charles Gibson, en esta época, la de su mayor esplendor, Tenochtitlan debió tener entre 250000 y 400000 habitantes —incluyendo sus alrededores—, lo que la convertía en la ciudad más poblada del hemisferio occidental.